

DIEZ POEMAS

Por

RITO RAMÓN AROCHE

Lejos — de yo apuntar con esas (mis) dos mil palabras, de tono y trazo sentenciosos... «tendenciosos», según esa manera tuya de contradecirme y, de expresarte el-otro-día tumbada en la *sala de bain* y-al-otro-día con ese paño que tú o alguien llama (llamaba según tú, y entonces) «un paño koljosiano» tumbada aviesamente aviesa sobre esas (mis) dos mil palabras, se habría notado, afuera, seguramente un viento muy terroso, un poco antes, de caediza el agua, la oscuridad del agua, el cielo, un poco antes, caedizo.

Seguramente es eso: primero, cuando me olías el pecho todo y, luego, todo el cuerpo. Y me olías. «Siento un olor a orégano», dices... (digo, decías). La lengua un poco incierta, recuerdo. ¿Segundo?: «Il cuore mi scopri sotterraneo» (S. Q.) leías inmersa entre esas (mis) dos mil palabras y te quedara un tanto ahí ¿espúreo? en la lengua, no sé si exactamente pero sí un poco, de ese gusto terroso ¿la lengua tropelosa? Y no es extraño — eso. Y una rara quejumbre y un ardor, como en mis labios, un poco fragoroso.

Nos acercamos a un agua de colores.
Si así nos dejan.
Así un verano. Sin fechas. Así unos nombres.

Gí—
rando. Girando dicen. Así pasaban.
Oye, oye, eres mi segunda salvación dicen.
Un fruto salva. O nos pierde. Un fruto hay días gí—
rando.
O nos pierde.

Nos acercamos a un agua de colores.

Si así nos dejan.

¿Otro remedio no nos queda ya más que percibir? Haz una prueba. Del lado oeste, la tarde te va en ello, el lunes. Del ventarrón oscuro. Hay un aumento... Más bien una llegada húmeda y flotante (tú dices: «un aumento») de esporas. Sería en Rilke: «*erzähls, daß wir solches vermochden*». ¿Sería en Rilke? «Proclámalo, di que fuimos capaces de estas cosas». Y no lo hubiéramos creído (ondeaban, en la fronda los paños más livianos) si afuera, la luz que parpadea...

«¿La tarde me va en ello?», pensabas. Mientras, buscaras definir (en la llovizna) los muros de La Fortaleza: «*erzähls / proclámalo*».

Un pájaro se ovilla en una sombra.
Un pájaro de alcohol. Un fuego salta.
En su gusto de fruta un fuego dora. En su gusto de sal.
Y en las cornisas.

Un pájaro de alcohol en una tarde. O
un pájaro, y un sol, y en una hora.

En la orilla y el árbol sol pendiente. En la orilla y el sol
árbol. Pendiente.
Y la holgura y la fruta, me alejaba.

En el árbol de junio y me alejaba. Y la fronda te dora. ¿Haces un giro?

En el fuego de junio el árbol. La pendiente. En el fuego y ciudad, y noche y
suerte.

Qué varía encontrar por entre la hierba un abrecartas plateado
como no sea omitir todo sobre aquel libro leído tarde aquella
quizás — sobre un lugar en el puente o bajo el arco
no había forma de hacerlo — forma ni lugar dónde
qué daría por tener que mostrar ese tunante y sobre el patio
piezas cada una traída del Puerto de las Estanterías.
Aquel libro, de abrirlo, nos vuelve a deslindar, Dios, precede al sueño.

Sin tanta beatería se contemplaba el sexo. Me contemplaba.

«Y tú, ¿qué haces?». Muestro una foto frente a la Puerta Regia. «Siento, que tiene que haber una manera mejor de combatir no el ocio, si no el tedio». Dice otro día, tumbada sobre el muro de la Real Fuerza. «Veo, desde la nube abierto un pez». No dijo: «¡Ea!, se pudre mi osamenta».

En la blusa el anhelo hoy, ya perdida la foto.

De veras que se contemplaba el sexo —hoy. Me contemplaba.

—¿Todavía no han dicho esta semana, a qué hora es el eclipse, luna tarda?

Descubres tu almidón. Esta semana ¿a qué hora es el eclipse, luna tarda?

Mirar si entro a la pared de fondo: una vez cada quince días — al menos. En Los Umbrales.

Barría en la mañana el patio muy terroso. «Tus libros encuentro siempre en librerías húmedas».

En días tales — nunca miro a sus ojos: directamente a los ojos ni a sus labios.

Veo inclinarse al almácigo (¿otro?) en Los Umbrales. «Aquí debajo [señala] siento un escozor espléndido y profano». «Un escozor espléndido», me dice. Extrañamente señala.

DE GATOS

tras de mí duermen estos días a los gatos rehiletos.

armaduras nocturnas si de paso como
ceras en los techos van a hilarnos filigranas oscuros
si despiertos como ceras descalzos —como cuentos
por la puerta que asomo ante mi sombra giraban unos
serán siempre? Giraban díscolos. Ellos
por la puerta que asomo y con el paso, y con el ceño y muy listos
— giraban
duermen, tras de mí estos gatos, y tras los días, duermen
estos gatos y los días — como hallados.

